

Del Silencio y la Opresión del Deseo y la Palabra

Gloria Mieres de Pizzolanti

(Montevideo)

**Descriptores: PSICOSIS INFANTIL / PSICOANALISIS DE NIÑOS / FAMILIA /
MUTISMO / ESCUELA FRANCESA / CASO CLINICO.**

Gloria Mieres de Pizzolanti *

- **Propósito**
- **Método**
- **Sófocles en el discurso familiar**
- **El enigma del síntoma**

—Por tu vida, el marinero,
dígame ora ese cantar.

.....
—Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va.

Romance del Infante Arnaldos

(Anónimo)

PROPÓSITO

Mi propósito al hacer este trabajo es mostrar una forma de acercamiento diferente a la que estábamos acostumbrados hasta hace un tiempo, alrededor de dos años atrás, en psicoanálisis de niños.

Esta experiencia surgió siguiendo las enseñanzas planteadas por Maud Mannoni en sus obras y desarrolladas durante su estada entre nosotros. En ella, siguiendo paso a paso las vicisitudes del discurso de un grupo familiar conmigo como analista, hemos tratado de buscar en última instancia, como dice Lacan, la restitución de un orden simbólico que había sido clivado.

No interpreto la relación conmigo porque mi preocupación se orienta a escuchar el discurso familiar, considerando el síntoma como un lenguaje por descifrar, y a procurar poner palabras a lo no dicho, al silencio.

* Leído en la A.P.U. en agosto de 1974.

El tratamiento de Sófocles, se inicia con el pedido de análisis para un niño psicótico.

Todos sabemos las angustias que despierta tal apelación.

MÉTODO

En relación con el método, transcribo y resumo de los libros de Maud Mannoni, *L'enfant, sa maladie et les autres* y *Le psychiatre, son "fou" et la psychanalyse*, algunas palabras guiadoras y el hilo de su pensamiento, que he tratado de verter lo más fielmente posible.

El niño con sus síntomas forma parte de una enfermedad colectiva que se expresa en un solo discurso, el del niño y su familia.

Como analistas nos introducimos en un drama desde donde somos interpelados. El niño está alienado como sujeto en la palabra de los padres, en relación con una simbolización falseada hecha por los adultos.

Precisamente da acceso al discurso del drama la posibilidad que puede tener el padre patógeno de asumir una verdad, inclusive a riesgo de morir (en este caso se trata de una muerte imaginaria).

El papel del niño, aparece entonces, como garantía del no saber del adulto.

En el psicótico se habla de la frustración de objeto, sin preguntarse si es del orden de lo real (creando un dominio imaginario) o si es del orden simbólico (creando una ruptura con lo real). Más allá de la demanda de alimentación, hay siempre un pedido de otra cosa y el objeto dado o rechazado por la madre es investido por el niño como signo de amor. Este pedido de amor guarda en él una dimensión de insatisfacción tal que jamás puede ser colmada. El niño pasa entonces reclamando, más allá de la satisfacción de sus necesidades, signos de amor. Ése es su deseo. Si la madre no puede soportar esta falta, este vacío, desde donde el niño hace sus reclamos, impedirá articular cualquier cosa que sea en un más allá del pedido, en un más allá de lo maternal.

La salida simbólica será bloqueada por la presencia todopoderosa de la madre, interviniendo en lo real, a nivel de la necesidad. Si el analista toma el relato de la madre, aportando una respuesta en lo real, arriesga denigrar la situación y perpetuar la confusión entre el registro de la necesidad y el del deseo, enmascarando lo que hubiera podido aparecer en hueco, como falta en el ser, y que el sujeto hasta su entrada en análisis, jamás había podido significar.

En la situación analítica el tercero está siempre presente (Lacan) y el analista debe hacerlo surgir. Este tercero es el juez de la verdad, que emerge del discurso dirigido al analista. En los psicóticos, para que este tercero advenga, el analista debe aceptar ver su propio deseo acorralado y revelado por el sujeto.

Destaca Mannoni el lugar muy particular ocupado por el psicótico en el campo del deseo materno. El niño, ante la imposibilidad en que se encuentra de ser reconocido por el Otro en su estatus de deseante, se aliena en una parte del cuerpo. La relación con la madre se hace en base a una renovación indefinida de demanda sin asumirse como deseante; se constituye entonces en objeto parcial. La tiranía que una madre-niño es tan fuerte de un lado como del otro. En otros momentos el hijo juega el papel de fetiche, tapando la falta del Otro, como negación de la castración. La cura del niño no puede hacerse, sin tocar el punto donde se encuentra pegado en el campo del deseo de uno u otro de los padres.

El destino del psicótico se fija de acuerdo a la manera como ha sido excluido por uno u otro padre de la posibilidad de entrada en una situación triangular. Esto lo lleva a no poder asumir jamás una identidad.

Buscamos pues, en el conjunto del discurso del niño y de sus padres, aquello que se ha distorsionado o no dicho, lo que a su vez puede comprenderse a la luz de la significación de la historia individual de cada uno de los integrantes en relación con el drama edípico y con la experiencia de la castración.

SÓFOCLES EN EL DISCURSO FAMILIAR

Introducción. Sófoles es un niño de cuatro años, que concurre a la primera entrevista acompañado por su madre. Lo envía un psiquiatra de niños con diagnóstico de psicosis, que reitera uno previo de otro colega, a los dos años de edad. Anteriormente había sido *testado* por una psicóloga y *clasificado* como débil mental.

Se intentó un tratamiento psicoterápico con S. sin lograr que permaneciera en el cuarto de juego separado de la madre; como no se obtuvo mejoría, me lo envían para tratamiento psicoanalítico.

El grupo familiar. A lo largo del tratamiento iremos compenetrándonos de este grupo familiar, su estructura, su funcionamiento, los papeles de cada uno, etcétera. Ya en la primera entrevista el padre no concurre, aunque trajo en auto a su esposa e hijo; confundió la dirección y los dejó en otra, lugar al que vuelve más tarde por ellos, lo que produce el desencuentro de la familia.

De entrada se da una situación familiar en *que vemos a un padre confundido y ausente*.

Según M. Mannoni, quien cita a Freud acerca de la importancia de los primeros años en la vida del ser humano, el niño pasa por una serie de conflictos que trascienden lo real para constituirse en conflictos identificatorios (Lacan); éstos se desarrollan en el registro de lo imaginario y poco a poco deben ir siendo simbolizados. La elaboración de estos conflictos implica el pasaje de una situación dual, narcisística, a una situación ternaria que se realiza a través de su entrada en el orden de la cultura, de la ley y del lenguaje.

Esta ausencia del padre en la primera entrevista, que apunta a una distorsión de papeles en el grupo familiar, va a mantenerse con ciertos altibajos y distintas características a lo largo del tratamiento.

La madre aparenta por su aspecto físico, tener bastante menos de veintiséis años.

Hace un relato un tanto desordenado de las dificultades con S; se la ve abrumada, buscando solución a los problemas, solución que tanto puede ser el pedido de ayuda como el deseo de muerte hacia su hijo. Por ejemplo, relata que S toca todos los enchufes de la casa y “no puede prohibírsele”, porque tendría que pegarle y eso le crearía un rencor que sería peor, decidiendo dejar “que haga lo que él quiera; espero que no pase nada”. El drama de esta relación es que si pasa algo puede ser la muerte.

No le habla a S. “No sé qué decirle; él no me motiva... Como no habla...” Con Party, la hija de dos años y medio, es más fácil, habla todo, es muy viva, aunque “mala, histérica y caprichosa, y también anoréxica”.

La madre es maestra y trabaja enseñando un idioma extranjero en horas de la mañana.

Es la hija menor de un matrimonio extranjero que sufrió emigración y pobreza. Tiene una hermana nueve años mayor, actualmente radicada fuera del país —“soy la hija de la vejez”; dos hermanos mayores varones murieron hacia la edad de un año y medio como consecuencia de “la mala alimentación durante la guerra”.

Ema se crió así como hija única y muy sobreprotegida. Dedicada solamente al estudio, no dejaban que hiciera ninguna de las tareas de la casa. Tampoco tenía más amigos que la hermana, a la que, sin embargo, dice no extrañar: “soy fría”.

De niña nunca le compraron juguetes, ya que era “superfluo” según sus padres, en

relación con la vida tan difícil que habían llevado.

A los dieciocho años obtiene una beca para estudiar una lengua en otro país, donde pasa un año —“me hizo muy bien separarme de mis padres”—.

Se embarazó de S casi enseguida de casarse. “No lo deseaba”, estaba en preparatorios y debía dar los exámenes. No le fue bien; “me hice mucha mala sangre”. Tuvo ardores epigástricos durante el embarazo y sentía poco los movimientos fetales.

Su madre está enferma, sufre arteriosclerosis, es unos años mayor que el marido y al parecer hay diferencias culturales y sociales entre ambos. Pasó su vida dedicada a tareas de casa, sin cultivar amistades ni otros intereses.

Cuando Ema nombra a su padre por primera vez es para mostrar su preocupación porque tuvo un infarto el año pasado. Es un hombre jovial, extrovertido, inquieto, activo, afectuoso; resulta evidente la mejor relación de Ema con su padre. Sin embargo le critica que “habla mucho”, con lo que pierde dignidad, se rebaja; también le molesta su “buen corazón”, porque ha prestado dinero a mucha gente y no se lo han devuelto.

S se muestra muy contento y sonriente en una entrevista a la que concurre con este abuelo (materno), quien comenta que ve la mejoría de S “día a día”, y que su hija también cambió. “Antes era de no hablar, yo le digo a mi hija que tiene que tener mucha paciencia, que tiene que atender al hijo mejor que al cliente”. La concurrencia del abuelo a la sesión es vista como el deseo de traer la ley del Padre, para que el analista actúe de mediador frente a su hija.

El padre “de S, Alberto, trabaja todo el día y cuando llega a las casa agarra el diario”. “Los dos [padre y madre] somos de poco hablar.” S tiene muy buen oído y sabe entonar muy bien las canciones, mientras que ambos padres dicen no tener oído. Sófocles entonces, ¿cómo va a tener palabras?

Aunque dicen llevarse bien en el matrimonio, a lo largo del tratamiento el padre se muestra alejado desentendiéndose de los problemas diarios, sin una participación activa en la dinámica familiar. En la primera entrevista a que asiste el padre, la esposa dice, “es cómodo y egoísta porque un dolor que yo tengo no lo puedo compartir con él”.

El padre sufre de “nervios al estómago”, diarrea, y es anoréxico, por lo que toma valium. Más adelante en la evolución del tratamiento nos informará que toma comitoína y muchas “pastillas para los nervios y cefaleas”. Asimismo manifiesta que no le gusta nada, carece de deseos manifiestos. Fue vomitador habitual hasta los doce años; “soy sobreprotegido por una madre mandona y muy conversadora”, al contrario de su padre, “que era más bien callado”.

Tiene una hermana dos años menor, que vive en otro país.

Alberto estudiaba una carrera universitaria que debió abandonar cuando la muerte de su padre. Pasó a ocuparse de negocios, en los que fracasó. Actualmente tiene un empleo que si bien le resulta interesante, por el tipo de tarea, no lo es desde el punto de vista económico, lo que es visto con ojos peyorativos por su mujer.

Concurrió en escasas ocasiones al tratamiento, generalmente en relación con sesiones en que S lo nombraba reiteradamente, lo que era interpretado como deseo de que el padre participara en el discurso familiar y no fuera el “mudo”, y también de que se constituyera en un objeto para su identificación.

Cuando aparece el padre en la consulta por primera vez (octava sesión) se muestra autoritario, dando órdenes y haciendo a S observaciones a cada momento. (“No saques todos los juguetes; te vas a mojar. ¡No, no pongas el plato en el agua!; me gusta la disciplina.”) Luego se vio que esto era una máscara que por un lado ocultaba, y por otro mostraba, su sometimiento a su madre.

Party, la hermanita de dos años y medio, viene por primera vez a la duodécima sesión, previa pregunta de la madre de “si podría traerla para ver cómo se portan”.

Es muy menuda, linda, graciosa, mirada vivaz, muy vital (en contraste con S).

La madre dice de ella que “es anoréxica, vomitadora, se orina hasta de día, muy caprichosa”. En la sesión pelea con el hermano, al que da órdenes en un tono muy imperioso o le arrebató lo que éste tiene en la mano: si S no lo cede, chillan ambos, en tanto la madre se muestra muy ansiosa sin atinar a nada: “ella nos imita [en sus expresiones hacia el hermano], porque casi siempre él hace una cosa que no debe, o de peligro, y hay que decirle, ¡pero ese tonito lo tiene! Es muy prepotente”. Ello es visto como la persistencia de la voz de la autoritaria abuela paterna que ha sofocado a su hijo y ahora a S.

Lía es la hija que va a nacer en el transcurso del tratamiento.

Hacia la trigésimoprimera sesión, la madre comunica su embarazo y pregunta “que consecuencias puede tener para S”; si lo haría retroceder, porque entonces se provocaría el aborto; “justo él que me precisa mucho y temo que se retraiga, a lo mejor hubiera sido normal si no hubiera nacido Party”. Insiste en que le dé un consejo: “no me gustaría matar, pero también temo el remordimiento si le hace mal”. A mi pregunta, “¿que pasaría si tiene un nuevo hijo?”, ella responde, “Puedo deprimirme cuando sea chiquito... y que le haga mal”. “Por Party no temo, sería igual que lo que le ocurre a cualquier otro chico en esta circunstancia.”

Vemos qué tremendo peso es para S hacer depender de él la decisión de matar al nuevo hermano, según palabras de la madre; de la misma manera como del nacimiento de Party pudo surgir la enfermedad de S.

Esta madre, ante la mejoría del hijo, ha perdido los *repères* identificatorios; no hace caso del marido, quien no quiere que provoque el aborto, y busca en “la ciencia, un apoyo para mantenerse en situación dual con su hijo. Este es el contenido de mi interpretación. En este planteamiento se despliega el drama familiar. No hay acceso a lo simbólico, predominan las fantasías persecutorias, la madre no acepta la independización de su hijo, no acepta la castración, no oye al padre.

El anuncio del embarazo lo sentí como un serio ataque a la marcha del tratamiento; sin embargo no se analizó la situación dual transferencial; mi actitud firme en negarle el consejo tan insistentemente solicitado, fue un apoyo para que el padre pudiera mantenerse en su palabra. Así lo corrobora el hecho de que a la sesión siguiente viene toda la familia, incluido el padre. En ella dicen que “habían conversado con el doctor que había aconsejado que no se lo sacaran y el padre expresa que “es lo que dije yo siempre”.

Primera entrevista

Concurren Sófocles y su madre.

La señora comenta que el marido confundió la dirección, aunque conoce bien el barrio porque vivió en él.

S hace un gesto de silencio mientras me mira, y la madre comenta que “se ve que lo vio en la escuela”.

La madre relata las consultas psiquiátricas en que fue diagnosticado psicótico, y me informa que ahora está tomando dogmatil y clorpromazina. Intentó llevarlo a la escuela donde ella trabaja, pero tuvo que cambiarlo, porque le sugirieron que no era para esa escuela, pegaba a los chicos y rompía todos los chiches. Concorre entonces a un jardín de preescolares, donde al parecer la adaptación es mejor.

S señala la estufa y dice “enchufa”. La madre comenta, “Todos los enchufes pasan por la mano de él, yo lo dejo... espero que no pase nada [...] Es muy inquieto, pero es inteligente, se da maña para todo; al principio era poco inteligente, pero se va superando, lo que otros hacen al año él lo hace a los tres; incluso el E.E.G. es normal y en

motricidad' gruesa, marcha y salto está bien; en fina, manipulación de los dedos, apenas empieza. Yo creo que es un problema psicológico, porque prende la radio, pone el tocadiscos." Mientras la señora habla, tapa a su hijo (ambos sentados en el diván). Lo señalo, destacando que S se acomoda porque no está dispuesto a quedar detrás de la madre.

"La hermana nació cuando él tenía un año y medio, pero él no hablaba; hasta hace poco sólo decía agua, ahora dice algunas palabras más, y con la empleada dice hasta frases enteras."

"Tiene miedo de hamacarse, de entrar al mar, como asustado. Creo que entiende mucho más de lo que parece.

"Sufría mucho cuando yo trabajaba y no quería a la persona que quedaba con él aunque era bien, pero muy fría, y no le hablaba."

En ese momento, S se levanta e intenta irse del consultorio; le interpreto que esta historia ya la conoce y no lo convence porque está condenado al silencio. S se sienta nuevamente mientras la madre continúa:

"Conoce el peligro, el fuego y cruzar la calle, le pegué y lo reté, pero no le pego, y por eso no me respeta, tengo que insistirle más de lo que insiste mi marido."

"Está muy resfriado, pero igual lo mando a la escuela, porque si falta, como yo me voy, él queda tirado, triste. Se moja de noche y va a mi cama, me despierta y lo cambio y vuelve a su propia cama, salvo que sea cerca de la hora de levantarse. Anoche lo dejé desde las tres y no me dejó dormir, porque yo preciso mi lugar para dormir. Es de mucho dormir; cuando chico, comía y vomitaba y vuelta a darle. Tomó mamadera hasta los tres meses, luego por la otitis tomaba sólo con cucharita y vomitaba, y me daba tanto trabajo con la comida que no jugaba con él y lo acostaba a dormir, yo no le hablaba, estaba muy rabiosa. Sufría, sugestionada porque no aumentaba y lo íbamos dejando, no lo estimulábamos, como ahora lo hago que hasta ni sé qué hacer... Mi marido y yo somos muy callados. Desde bebé mira mucho televisión para comer, sobre todo la propaganda. No sabe besar. Es muy animalito de costumbres: tiene que darle el desayuno siempre el padre y vestirlo también, y si llego a arreglarle algo que no está bien, grita y me rechaza; a la salida de la escuela va a buscarlo siempre el padre, pero si bajo yo busca al padre y dice, «con papá Beto».

"Desde los dos años yo pregunto qué hacer con él, ¿qué opina doctora?"

Explico que vamos a hacer la historia familiar y ver qué significan estas dificultades en la familia.

"Cuando yo era chica no podían ir a ningún lado conmigo porque se me antojaba todo." S se me acerca y le explico con más detalles lo que anteriormente dije, así como también le muestro el cuarto de juego donde nos vamos a reunir.

La madre continúa: "El es muy dócil, en cambio la nena es mala, él es muy bueno." Ya hacia el final de la entrevista, S se orina encima. La madre, con tono enojado:

Ah!, eso no se hace, me voy a enojar, vas a tener que limpiar. ¿Por qué no me pediste? Cuando se levantó de la siesta no quiso pichí; ¡qué feo!"

Vemos en esta entrevista que el padre no asiste, posiblemente muy angustiado ante la expectativa del tratamiento, mientras la madre abrumada, silencia y oculta tras de sí a su hijo; lo que de él sale es violentamente rechazado (orina). Sin embargo, S expresa que si él es tapado, no le interesa el tratamiento, pero si yo me dirijo a él tomándolo como otro, y no como dice la madre que es, un psicótico, evito que él se enmascare como tal y puedo iniciar el movimiento dialéctico del tratamiento: así, ayudo a situarlo como sujeto de su deseo (no ser tapado) cuando se lo señalo, y él regresa al consultorio.

En este sentido, dice M. Mannoni cuando se refiere al pedido de tratamiento por

parte de los padres para su hijo enfermo, que “hay que verlo a nivel del niño, cómo siente que le concierne la demanda de cura, ya que no lo acepta más que si está seguro de seguir sus propios intereses y no los de los demás”.

Asimismo, el pedido de tratamiento nos sitúa en el plano fantasmático de los padres; qué representa para esta madre el significativo niño; aquí vemos que es un significativo vacío, ya que no lo considera como persona. En cuanto “niño enfermo” en su mudez, es un significativo importante en una serie de significantes que están en torno a él, como por ejemplo: muerte.

El gesto de silencio de S, las palabras de la madre (la alusión brutal a la muerte), me plantean que no es novedad que S sea un psicótico, esto es un símbolo de algo y es lo que me propongo seguir en el proceso psicoanalítico. Referente a esto, estoy de acuerdo también con M. Mannoni, cuando señala los efectos perniciosos de la nosografía en los psiquiatras que llegan a privilegiar la enfermedad a expensas del enfermo, al que una vez correctamente clasificado, ya no es necesario escuchar más.

Sófocles, lleva su nombre del abuelo paterno, según tradición familiar (fallecido hace once años).

Es sumamente delgado, pálido, con la mirada errante (*aunque* por momentos la fija muy concretamente en su interlocutor), con el cabello en desorden.

Segunda entrevista

En la sala de juegos S quiere sacar agua; como la canilla es de presión y él no puede» se lo pide por gestos a la madre, quien la aprieta con su mano encima de la de S. este emite un débil quejido, que no acusa recibo de la madre, lo que muestra cómo ignoré que la mano de S no es su propia mano y que al hacer presión sobre ella le dolería, testimoniando que S es para su madre una parte de sí misma, que está excluido como sujeto. En esta misma sesión, S me pide agua por un gesto; como la pileta está llena, tomo un autito para sacar con él el tapón (sin verbalizárselo). S me lo arrebató y enseguida rompe un muñeco. Le interpreto que hace eso porque sintió que no sé cuál es su deseo, y dice “caballito blanco” mientras arrima su silla a la mía, y repite “caballito blanco”. Luego se va a la sala de espera donde prende y apago la luz y la madre comenta que siendo soltera estuvo un año en el extranjero y que le hizo mucho bien estar sola. Hay una dialéctica, en la que la madre *dice que le hizo bien* separarse de sus padres, mientras S expresa su búsqueda de un significativo, por la identidad clara y concreta del caballito blanco. S busca una referencia identificatoria en el registro de lo simbólico.

En otra sesión se comenta acerca del lugar ocupado por cada uno en la mesa durante la comida y resulta que falta un lugar, lo que es señalado en relación a que S no tiene lugar en la palabra de la madre, en cuanto ha sido condenado al silencio y sólo es objeto de los cuidados maternos.

Cuando concurre con la hermana, ésta camina y se lo lleva por delante, como si no existiera y así es interpretado. Party intenta traspasarlo como se haría con un fantasma.

Esta situación con la madre en la que S aparece como no desprendido del cuerpo de ella, se ve por ejemplo, en un intercambio de sillas que realiza S con ella y que termina dejando ambas sillas bien juntas una a la otra. También en el compartir la cama, porque si bien es S quien acude generalmente a la cama de la madre, ésta lo va a buscar cuando él permanece en su propia cama toda la noche. Mientras la madre hace este relato, S pone un autito en un bolsillo de su madre, al mismo tiempo que ríe y la madre pregunta, “¿Qué es?, ¿el garaje?” en un momento de mutuo encantamiento.

En varias oportunidades durante las sesiones, S expresa su necesidad de ir a

orinar o defecar, y la madre le dice, “Ahora no, después”, lo que es aceptado sin chistar por S. Si el ano de S funciona cuando y donde Ema quiere, S se aliena como sujeto, para constituirse en representante de la función materna. Ema funciona como madre en cuanto colma todas las necesidades de su hijo y así ambos están atrapados en una situación dual. En la segunda sesión *Ema confiesa que cree que sólo* a los bebés se les da cariño mientras S canta, “marche, soldado, cabeza de papel”, denunciando así a la madre como “cabeza de papel”, o sea que no sabe ubicarse ni pensar como mujer.

La empleada, Nelly, queda gran parte del tiempo a cargo de los chicos (está en la casa desde que Party era beba). Se halla muchas veces presente en el discurso familiar, es muy afectuosa; toma pastillas para los “nervios”. También es marcada por la angustia de un núcleo familiar tan enfermo. Esta joven hace una mala relación de pareja, queda embarazada y el novio la abandona; en tanto oculta a sus familiares el embarazo, alimenta ideas de suicidio. Cuando la madre de S le habla acerca de su ya evidente estado, ella expresa deseos de abandonar a su hijo en el asilo ante la imposibilidad de abortarlo por la avanzada edad del embarazo. Ema le escucha sus confesiones, le da consejos y logra que la muchacha acepte a su hijo y sea aceptada por sus familiares. Ha habido un cambio de papeles en esta familia (hacia el final del tratamiento); la madre, liberada de sus fantasías asesinas, ha podido actuar como una madre afectuosa y reparatoria.

He seleccionado tres sesiones por ser representativas y además porque en su relación cronológica, dan idea del tratamiento.

XLVIª sesión

Tres meses y medio de tratamiento. Concurren madre e hijo.

Sófocles (trae en la mano un paquete de pastillas): Pastillas —come una.

Analista: Hoy no estás confundido, nombrás las cosas por su nombre.

[En un material anterior, se había visto cómo la madre —incapaz de serlo—, es “la nena” para quien el marido —que no tiene lugar como tal—, “es” el padre que le compra pastillas; entonces ella come Trineo ¹ y no toma las pastillas anticonceptivas, confunde chicles con pastillas, igual que Sófocles.]

S: (Tira las pastillas mientras dice, “chicles”)

A: Acerca de la confusión de la madre que se “sofoca” con las tareas de los hijos y va a traer otro nene.

S me saca mi cuaderno de notas, la madre interviene, le da el suyo, y S me restituye el mío.

A: Ema supo resolver la situación, cada uno con lo suyo.

S se pone a arrancar hojas de su cuaderno; con el codo empuja un vaso con agua que se vuelca. La madre le dice, “¿Qué hiciste?” S me mira angustiada, toma los dos autos que traía al entrar y dice “pasar”, acercándose a la puerta.

A: S no quiere oír verdades que duelen, por ejemplo Ema rechazando estas cosas de S.

Mientras no le permito abrir la puerta, rápidamente la madre le ofrece una tijeras, que S acepta; se pone a recortar un papel.

Ema: En casa pasa igual, quería ir al zaguán, le encontré el autito, se lo mostré y entró.

S: Carlitos.

Ema: Se pasa nombrando, serán los compañeros de la escuela.

¹

Marca de pastillas dulces

S (mientras me mira sonriente): Capicó; aquí hay que dejar, Gloria, no quiero.

A: ¿Qué es lo que no querés oír?

S: Caracol col col.

A: ¿Los deseos de matar al nene?... [Recuerdo la canción] Caracol col col, saca los cuernos para el sol, que te vienen a matar...

Ema: No le veo, él dice que te vienen a buscar.

Mientras, S hace un "dibujo" en el pizarrón *diferente* a los que hasta entonces había hecho, y que abarca todo el ancho del mismo. Luego me convida con pastillas, yo acepto.

Ema: Para convencerla que lo deje salir.

A: (Interpreto que es porque se le entiende y destaco el dibujo más grande que hizo.)

S insiste en salir, y le interpreto que quiere hacer igual que el papá en tina sesión anterior en que vinieron ambos padres y él se quedaba fuera del consultorio como si la única enferma fuera la madre.

Ema: ¿Adónde fuiste ayer?

S: Cachi.

Ema: Cachi no, no es la palabra; a Atlántida. [Esta palabra la dicen entre los dos y silabeándola.]

Como S insiste en salir, le señalo a la madre quien en este momento mira a ver qué hago yo, para imitar y no entender.

Ema: El sábado S quería salir con el padre, quien iba a un compromiso por un familiar muerto, pero estaba tan feo el tiempo que no fue y el padre se fue igual.

A: Hablo de no entender y nombra al marido prescindente.

Ema: No, es una locura mía la de no soportar que S no quiera comer; ayer vomité el huevo y en el primer minuto se lo quería dar otra vez [lo *vomitado*], igual que antes, después pude aguantarme y no se lo di. Lo mismo me pasaba cuando era chico, yo quería deshacerme de él, que durmiera, Una vez me enojé con mi cuñada, afuera, porque lo despertó; no quería jugar con él, era verano y yo no hacía nada, era una haraganería; creo que era porque me cansaba con la comida.

S: Quiero pasar.

A: No quieres oír esto porque es muy triste.

Ema: Es como pegarme a mí misma, porque yo sufro porque lo quiero mucho. Después le di café con leche y se fue a la cama lo más bien.

¿Vio cómo se tranquilizó?

A: Porque le oyó decir que lo quiere mucho.

Aquí vemos que desentrañar una verdad que está sofocando a estos dos seres es mucho menos doloroso que soportar la angustia de la situación vivida oculta y con un gran monto de culpa.

También observamos cómo se suceden las máscaras defensivas en la madre; el niño es más rotundo, reitera con claridad su deseo de irse y ambos, al final de la sesión, a través de la interpretación, en la medida que van adquiriendo algo de la verdad van llegando a un estado de mayor serenidad.

Clª sesión

Hacia los once meses de tratamiento. Concurren Sófocles, Party y la madre.

Sófocles se adelanta, entra al consultorio y cierra la puerta dejando en la sala de espera a la madre y hermana. Interpreto que se puede separar ya que no es un pedacito de mamá.

S: El auto [mientras abre su cajón de juguetes]. Me duele el piecito, un clavito.

A: Ahora que eres una persona, sentís tu pie y que te duele por el clavito.

S: A Party y mamá —mientras sale en busca de ellas.

Apenas entran todos, Party se ubica en la piletta y dice “mi camita”. Protesta Sófo-cles, chilla, y quiere desalojarla pero cede y se va a la otra piletta; a continuación coloca su cajón de juguetes en el suelo y encima le pone la tapa de la mesa y dice “mi cama”, mientras se recuesta en ella. Party se le acerca y dice que es su cama; los dos juegan y disfrutan en este momento mientras Sófo-cles se muestra un poco excitado. Abandona rápidamente este juego y se esconde detrás del pizarrón para salir enseguida, jugando conmigo al “¿está? - ¿no está?”

Coloca la mesa con dos patas apoyadas solamente en el suelo, la empuja (como un carrito de helados), mientras dice “helados”.

La madre hace un comentario complacida, Party se le acerca. Sófo-cles lava un muñeco y dice, “está lleno de caca”; “el clavito”. La madre pregunta, “¿qué te pasa?” Le comento a la madre que se había quejado de dolor en el pie por un clavo; la madre contesta que no es verdad que le duele, porque en ese caso se sacaría el zapato, y está con él puesto desde la mañana.

Interpreto cómo a Ema le cuesta admitir la separación de Sófo-cles, puesto que si a ella no le duele el pie por el clavo, lo que dice Sófo-cles es mentira.

Éste queda un tanto deprimido, mientras la madre expresa su preocupación porque la maestra dijo que pega.

Interrogo sobre *cuál es su temor y contesta*, “Que pase igual que el año pasado, que lo tuve que sacar de la escuela”. Pregunto qué pasa en esta familia que tiendan a mantener una situación enferma. Sófo-cles igual que el año pasado, quiere decir un mudo. Le recuerdo que en la sesión anterior había dicho que la neuróloga lo había encontrado mejor.

Ema se deprime y contesta que es cierto, que en la casa el marido no habla y ella tampoco.

Luego Ema pregunta si Sófo-cles aprendería otro idioma, “porque los chicos aprenden más fácilmente”, debido a que el marido tiene idea de emigrar dentro de un año. Le pregunto si no pensaron en el tratamiento. Sófo-cles se pone a rayar fuertemente la pared.

Ema: ¡Qué chanchada hiciste. Eso no se hace!

A: Qué chanchada sería irse sin pensar en el tratamiento.

La madre insiste en que no raye la pared, Sófo-cles por un momento no le hace caso. Ella me pregunta cómo debe tratarlo, “porque ve que yo soy muy tolerante y ella no puede darle o permitirle todo porque sería un desastre si le dejo hacer lo que quiere”.

A: ¿Qué le parece?

Ema: No puede ser, hay que enseñarle porque si no voy a tener más problemas.

Le señalo que ella habla como madre y maestra y le aclaro su confusión con mi papel de terapeuta.

Mientras Sófo-cles va mejorando, su lenguaje se va enriqueciendo, su juego se hace variado, está afectuoso; su esquema corporal se va integrando (era dramático observar en sesiones anteriores, cuando se caía o se pegaba, que no manifestaba ninguna reacción; tampoco la madre hacía ningún gesto hacia él).²

² S. Leclaire, en *Cómo hablar del cuerpo* dice, refiriéndose al proceso de erogenización:

En esta sesión, S no sólo expresa su dolor, sino también la causa del mismo. Por esta época asistimos a la entrada de S al mundo simbólico, lo que se aprecia por su parte en esta sesión, por ejemplo, cuando capta la noción de espacio y tiempo (en su dolor de pie) y así lo verbaliza; también en el juego del heladero, en que puede utilizar una mesa en representación de un carrito de helados, así como también en imaginarse que él es el heladero.

Por otro lado, la madre, que intenta negar el dolor de S y su deseo, a su vez se está planteando, qué es ser madre, cuando pregunta cómo tratarlo.

A medida que Ema va cuestionándose, apela a cómo fue ella en su infancia, como hija, cómo fueron sus padres, y así entendemos, por ejemplo, de una frase que aparece en la primera entrevista, “es un animalito de costumbres” (Sófocles), su deseo de tener hijos-muñecos, animalitos que no den trabajo, con relación a que ella nunca tuvo muñecas cuando niña, y también con relación a sus deseos asesinos.

EL ENIGMA DEL SÍNTOMA

Ema se muestra angustiada de diferentes maneras cada vez que surge el -tema de la muerte, en relación muchas veces con fantasías asesinas, por ejemplo hacia Sófocles, cuando se operó de las amígdalas, vegetaciones y de un quiste en el ojo (en el mismo acto quirúrgico), dice Ema: “Pasó dos días durmiendo y tenía miedo que se durmiera para siempre”.

A veces, Party, le dice a Sófocles en la sesión, “te mato”, lo que Ema reconoce como sus propias palabras cuando se pone “nerviosa”.

En una ocasión, Party le dijo a la abuela materna, con quien había estado peleando, “te vas a morir porque sos vieja”. Ésta se echó a llorar y la madre sólo atinó a pegarle a Party quien a su vez, conjuntamente con Sófocles, le preguntó, “¿qué es morir?”

En la sesión, Ema, muy angustiada mientras hace este relato, dice que no sabe cómo explicarles ciertos temas, qué palabras emplear para que ellos entiendan, porque ella no sabe descender al nivel de ellos.

Correlativamente el marido deja a su mujer “que se las arregle sola”; y cuando se trata este tema, en las sesiones, Sófocles intenta salir del consultorio o dice, “a dejar”.

Cuando el tratamiento está más adelantado (hacia el año y medio) y Sófocles se muestra con cierta capacidad para enfrentar la realidad y desprendido en parte de su madre, ocurre la muerte del abuelo materno, durante unas vacaciones.

En las sesiones de esa época vemos a Ema que rehúye el duelo: “Para qué hablar si ya pasó, no gano nada con recordar, más que amargarme”. En cambio Sófocles demostraba en diversas oportunidades interés en tratar el tema (nombrando al abuelo, hablando de su coche, de su llavero, etcétera), buscando las palabras que le revelaran el significado de la muerte de su abuelo y que provocó tanta depresión en Ema así como también en él, quien además se puso agresivo y se enfermó de aftas, por lo que pasó muy mal esas vacaciones.

Me planteo si la mudez de Sófocles no enmascara y a la vez descubre todo lo rechazado en el discurso familiar, esto es, la historia de Ema, hijo no deseado (por dificultades económicas) y de sexo también rechazado (porque el padre deseaba un varón para perpetuar su apellido y porque en su religión es el hijo varón el que reza cuando el padre muere); Ema no fue inscrita cuando nació, le explicaron que fue

Vemos [...] que la inscripción erógena la hace posible el hecho de que el dedo que acaricia sea en sí mismo para la madre, zona **erógena**: ese dedo en su esencial valor libidinal. puede decirse que es el “porta-letras” o inscriptor, en la medida en que, zona erógena de la madre, una letra fija en su pulpa el intervalo de una diferencia exquisita.”

porque nació en tránsito, de modo que no tiene nacionalidad. Ella a su vez admite que no tiene deseos; repite con su hijo, lo que acaeció en su familia, consigo misma y con sus hermanos varones, muertos de hambre durante la guerra; Sófocles muerto como deseante, sin recibir la palabra - alimento del orden simbólico.

Así como los hermanos de Ema murieron de hambre, ella mata de silencio - hambre a Sófocles - los hermanos, a quienes el padre sí quería “para tener un descendiente (varón) que rezara por él cuando estuviera muerto”.

A su vez el padre de Sófocles, silenciado por su propia madre dominante, no ha constituido un soporte lo suficientemente fuerte como para permitir el acceso al Edipo en esta familia.

Entonces Ema “coloca” a su marido en el lugar del padre (que no la deseó), y de quien no espera recibir ninguna palabra, mientras oprime a Sófocles con un sofocante monto de cuidados, cargados a su vez de exigencias, ante los cuales éste, que no entendía, sólo podía responder con el silencio.

Sófocles, al tener acceso a la palabra, accede a la posibilidad de lograr una dimensión humana. Y esto lo confirmo en una de las últimas sesiones, que citaré a continuación.

CCXVIII^a sesión

Hacia el final del tratamiento; dos años y tres meses. Concurren madre e hijo.

La madre comenta que pasaron bien las vacaciones de primavera. “Fue a la plaza y jugó igual que un amigo, con arena, hizo un caminito, que él nunca hacía nada con las manos en la playa.”

A: Es el camino para seguir por sí mismo sin tratamiento.

Ema: Le dije que no iba a venir más y me miró extrañado.

S: ¿Por qué no voy a venir más? —interroga a la madre.

Ema: Porque estás curado.

Se trepó al tobogán y caía de cabeza igual que los otros chicos.

S: Solito subía.

Ema: Vinimos todos al parque y pasamos muy bien; él le presté el llavero a Party y ella lo convidó con chocolatín y dijo: “Party me convida”, yo le dije, ¿ves qué buena es Party?

Señala cómo ahora ve las cosas positivas, mientras que antes destacaba más bien las negativas y cómo habrá influido en ella la muerte de sus hermanos.

Ema: ¿Por el carácter de mi madre? Ya era así de antes, es significativo que se le hayan muerto dos hijos; no habría comida... Pero también falta de cuidados, mis padres nunca hablaron de esto, me hablaron poco porque entre ellos había poca cosa y mi padre era de estar en la calle.

Yo cambié porque pude aprender mucho del ambiente, mi madre siempre enclaustrada en la casa y algún paisano que venía de vez en cuando. En la embajada de X me hacen un papel en que no me reconocen ciudadana de ese país, significa no ser aceptado.

A: No fue aceptada por sus padres.

Ema: Yo no sé si ellos querrían un varón. Mi madre reprochaba a mi padre y él a ella, Por falta de cuidados, porque él nunca estaba en la casa y él le decía a mi madre que no servía para cuidarlos. Pienso que para ellos era mucho consuelo tener una hija mujer, sobre todo para mi madre.

A: Sus hermanos muertos de hambre...

Etna: ¡Y Sófocles! Puede ser, no lo había pensado, el doctor dijo que se podía

morir si *no* comía!

Sófocles me mira largo rato.

Continúa la madre: “Una vez Nelly [la empleada] dijo con dolor que sólo sirve para cuidar hijos ajenos. Yo lo veo muy cobarde, yo no daba mi hijo a nadie. [Lo cría la cuñada.] Yo lo embobé a Sófocles, le pegaba en la boca para que comiera, igual que a Party.”

S saca su cajón de juguetes y lo vacía, dándolo vuelta.

A: Acá sale todo de adentro, se habla de todo.

Ema: A mí me daban hasta grande de comer en la boca.

A: ¿Y su marido?

Ema: Él no sirve, ayer tenía que corregir pruebas, le pedí que se quedara con los chicos y se fue a dormir hasta las siete; después hice de comer y él se fue a bañar. Hay una falla en él también.

Mi padre era de salir, iba a jugar a las cartas y la falla de mi madre es que no aprendió y se apartó.

Mi suegra era hija única, había sido muy rica y perdió todo cuando vino acá, se pasaba llorando.

Mi madre, cuando me casé hace siete años, ya tenía cosas raras, apatía, desinterés, “macheta”; por ejemplo, nunca festejó su cumpleaños, no sé cuándo es.

Mi madre repetía un dicho: “antes que le pase algo a mi hija que me pase a mí”.

Sufrió mucho conmigo porque no comía, se pasaba llevándome al médico, tomándome la fiebre, rayos X.

S: Mamá, ¿vamos a ir a Don José?

Ema: No a Don José; puede ser que a Atlántida, porque son muchos recuerdos, ahí estaba cuando se murió mi padre.

S: Cuando se murió abuelo, lo mataron con revólver un señor policía.

Ema: No, se murió solo. S: ¿Por qué?

Ema: Se murió del corazón, se enfermó, lo que pasa es que vino a avisarnos un policía, se murió en su casa de la calle X.

Señalo a Ema cómo ahora puede hablar de la muerte de su padre.

Ema: Sí, antes no podía. Estoy muy sensible, cualquier cosita me recuerda a mi padre...Y me deprime ver cómo está mamá, qué mal marcha su cabeza; y recuerdo más este período y me hace olvidar cómo era antes; no quiero recordarla así, y cuando repite tantas veces una misma pregunta, yo me fastidio y después me culpo, y ¡cuánto más hizo ella por mi que yo por ella!

También expresa Ema sus temores de que ella pueda enfermarse igual que su madre.

A: En tanto tenía adentro estas cosas y no le hablaba a Sófocles...

Ema: Cuando ni mi padre ni mi madre estaban enfermos, vivía inconciente y todo me fue agarrando de sorpresa; y cuando salimos del consultorio de la doctora X [la neuróloga], que dijeron que no sabían si iba a hablar, dijo mi marido: “¿Y eso también?”, porque nos iba mal en los negocios.

A: Que la agarró de sorpresa, porque se tapé todo en la casa.

Ema: Enseguida que me casé lo tuve a él y pagó toda mi inmadurez, porque él nació normal.

En concordancia con el *insight* de Ema, los síntomas han desaparecido, una nueva dimensión se hace presente, ahora se puede decir todo.

No sólo S ha recuperado su historia, sino también la madre, cada uno quiere ser alguien, Ema quiere tener nacionalidad uruguaya (está tramitando sus documentos). Mientras, la maestra de Sófocles, propone para él un plan de enseñanza más intensivo.

EPÍLOGO

Realizar esta tarea constituyó para mí una experiencia de descubrimiento.

Esta manera de proceder nos coloca de lleno en la escena misma del Edipo, que a su vez nos remite a otras tantas escenas reales o fantaseadas de los adultos.

Quedan planteadas muchas posibilidades de investigación, discusión de teorías, correlación con las teorías de Freud, elaboración de experiencias. Cuando escribí este trabajo fantaseé en algún momento que era “otro” que lo hacía por mí, caí en la cuenta que Sófocles, al decir de Luisa de Urtubey, me había dado a su vez, a mí también, la palabra.

Notas referentes al título

1. En el artículo correspondiente a *sofocar*, el “Diccionario de la Real Academia Española” define de la siguiente manera: Ahogar, impedir la respiración. 2. Apagar, oprimir, dominar, extinguir, etcétera.

Entre la palabra *sofocar*, muy expresiva por sus connotaciones de impedir la respiración y ahogar, que entrañan la idea de muerte, preferí por razones eufónicas el sinónimo *opresión* —para el título—, que tiene un contenido semántico similar.

2. *Palabra* (según el “Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana” Joan Corominas) proviene del antiguo *parabla* y éste del latín *parábola*, comparación, símil; que a su vez proviene de poner al lado, comparar. En romance se pasó de comparación a frase y luego vocablo. En las primeras documentaciones la forma arcaica *parado* o *parabla* tiene el sentido etimológico (Berceo) “Vida de Sao Millán”, de frase o comparación.

Lógica, tomado del latín tardío *logicus* y éste del griego, relativo al razonamiento, es derivado de *logos*, palabra, argumento, discusión, razón, derivado a su vez de decir, *dialogus*, convención de dos o varios, discurrir, conversar.

BIBLIOGRAFÍA

1. Baranger, W.: Conferencias sobre el objeto “a” y sobre el pensamiento de Lacan. APU, 1972.
2. Freud, S.: *Les neuropsicosis de defensa*, 1894. “Obras completas”, XI. Rueda; Buenos Aires, 1953.
3. Freud, S.: *Nueces observaciones sobre las neuropsicosis de defensa*, 1896. “Obras completas” XI. Rueda; Buenos Aires, 1953.
4. Freud, S.: *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*, 1905. “Obras completas”, XV. Rueda, Buenos Aires, 1953.
5. Freud, S.: *Tótem y tabú*, 1913. “Obras completas”, VIII. Rueda, Buenos Aires, 1953.
6. Freud, S.: *Metapsicología*, 1915. “Obras completas”, IX. Buenos Aires, 1953.
7. Freud, S.: *Inhibición, síntoma y angustia*, 1926. “Obras completas”, XI. Rueda; Buenos Aires, 1953.
8. Klein, M.: *El psicoanálisis de niños*, 1932. A.P.A., 1948.
9. Klein, M.: *Estadios tempranos del conflicto edípico*, 1928. Ediciones Hormé, 1964.
10. Klein, M.: *La psicoterapia de las psicosis*, 1930. Ediciones Hormé, 1964.
11. Lacan, J.: *Le stade du miroir comme formateur de la fonction de Je*. “Écrits”, I; ed.

³ “C’est bien cette assumption par le sujet de son histoire, en tant q’elle est constituée par la parole adressée á l’autre, qui fait le fond de la nouvelle méthode á quoi Freud donne le nom de Psychoanalyse... en 1895.” (J. Lacan. Écrits I. P. 134; Ed. du Seuil, 1966.)

du Seuil, 1966.

12.Laplanche y Pontalis: *Vocabulaire de la psychanalyse*. P.U.F., 1967.

13.Leclaire S.: *Psicoanalizar*. Siglo XXI, 1970.

14.Leclaire S.: Seminarios en la APU, agosto de 1972.

15.Mannoni, Maud: *L'enfant, sa "maladie" et les autres*. Ed. du Seuil, 1967.

16.Mannoni, Maud: *Le psychiatre, son "fou" et la psychanalyse*. Ed. du Seuil, 1967

17.Mannoni, Maud: Seminario en la APU, abril de 1972.

18.Mannoni, Octave: Seminario en la APU, abril de 1972.

Gloria Mieres de Pizzolanti*

Recibido el 30 de setiembre de 1974

*

Dirección: Maggiolo 662, Montevideo.